

cion y cultura de los tiempos y los pueblos: algunas de esas estatuas causan risa y divierten bastante; y otras descubren los instintos sanguinarios de ciertas razas. Buscamos el tipo mexicano y lo hallamos en un galiano, vestido de cuera, la pistola al cinto y fumando: su frente es altiva; audaz y desdeñosa su mirada: está vendiendo valor. Vaya! siquiera no se dice de nosotros que somos unos mandrias: ni los franceses lo podrán decir despues del memorable cinco de Mayo, en que fueron derrotados por las tropas mexicanas.

Está por demas el decir que en este basto y suntuoso edificio, todo está en orden, y dispuesto con gracia, y muy aseado. En esto los franceses dan la ley á todo el mundo.—Era ya muy tarde y fué preciso retirarnos.

CAPITULO XXIII.

Salida para el Habre.—Antes de embarcarnos.—Unos pasajeros.—Último dia del año en el mar.—Los vapores de la Compañía Trasatlántica francesa.—Nueva-York.—El Hotel Español.—San Luis Missouri y el Colorado.—El suelo mexicano.—Accion de Gracias.—Mi gratitud á la Madre de Dios.

Con alguna anticipacion arreglamos nuestro billete de vuelta en la Compañía Trasatlántica, y llegado el viernes veinticuatro de Diciembre, salimos en la tarde, para el Habre, y al dia siguiente nos embarcamos en el vapor Normandía.

En el Habre tuvimos el consuelo de celebrar la misa de Navidad: el templo estaba muy concurrido y se notaba devocion en los asistentes. Nosotros nos ocupamos en pedir á Dios Nuestro Señor una feliz navegacion; y que continuara dispensándonos, su divina y amorosa proteccion. En todas partes Dios es quien nos protege y nos libra de todos los peligros; pero en esto no reflexionamos lo bastante, ni pagamos á Dios la gratitud que le debemos, ni recurrimos á su Majestad, como lo exige nuestra gran miseria y los peligros

que nos rodean. Mas al entrar en el mar volvemos á Dios nuestros ojos; porque vemos que sólo su amorosa providencia, nos puede salvar de tanto peligro de naufragio y muerte, que no preveen los hombres, ni menos pueden librar de los mismos. Entónces en Dios ponemos nuestra esperanza y sabemos orar con fervor. Ciegos de nosotros! La vida siempre es un mar donde abundan los naufragios, que no porque menos se noten dejan de ser desastrosos; y á fin de evitarlos ¿por qué no volver á Dios nuestras miradas y pedirle de continuo que nos salve? Mas es hora de partir: están levadas las anclas; la Normandía se desprende del muelle, majestuosa y grave: de uno y otro lado van quedando pequeñas y agraciadas casas, que tienen á sus puertas multitud de curiosos que nos dan la despedida: entramos en alta mar: adios Habre, adios París, hasta la vuelta.

* * *

U. A. N. L.

Á bordo de la Normandía encontramos á un jóven mexicano de una distinguida familia de Puebla, apellidado Illescas: venian tambien en el mismo buque, dos pasajeros de Nicaragua. Uno de estos de finos modales y esmerado trato; el otro, un poco callado, mustio, y que

hablaba con un aplomo y gravedad, tan marcados, que Illescas, lo bautizó con el nombre, de Maestro de las Sentencias, (a) Lombardini. Las ideas de este maestro, por cierto que no estaban muy en su lugar; su capacidad era escasa y su instruccion ninguna. Sin embargo teniamos con él, algunos ratos divertidos. Al decir de él mismo, era un hombre acaudalado, de noble prosapia y de grandes negocios. Con todo esto la humildad de sus conversaciones y la sencillez de sus maneras, cubrian modestamente aquellas prendas. Respecto de ideas y del talento del buen maestro, para muestra bastará un boton: "Todos tenemos un incomparable horror á la muerte, nos decia una vez, y esto prueba, continuaba, que nadie cree que el alma es inmortal; pues si lo fuera, en vez de horror tendríamos curiosidad en saber lo que hay más allá de la tumba." Pero no era hombre de disputa, y al ser atacado contestaba: "Estas son las ideas de nuestra época; no las mias: digo esto porque todos lo dicen: es cierto lo que Ustedes dicen: si no creyéramos que habia de existir el alma despues de la muerte, nada temeríamos para entónces, pero no todos están de acuerdo en lo dicho."

* * *

Estando en medio del mar llegó para nosotros, el último dia del año de 86: algunos pasajeros, los más

ingleses, mandaron preparar una comida que habian de tomar á las 12 de la noche: á esta hora hubo algunos brindis, en los cuales se habló solamente del año nuevo, deseando que fuera muy feliz. Illescas, Avelar y yo, recordando lo que se practica en nuestra Patria, y consultando nuestro corazon lleno de ternura y gratitud hácia Dios Nuestro Señor por tantos favores y misericordias como su Majestad nos habia dispensado, en el año de 86, rezamos las oraciones de la Iglesia y dimos gracias con todo nuestro afecto.

Entre tanto La Normandía se deslizaba tranquila y majestuosa, sobre las ondas del Océano: no habiamos tenido ningun contratiempo; pero repentinamente, el buque se detiene; preguntamos el motivo y nos dijeron que se habían roto algunas piezas de la máquina del vapor: y en reponerlas perdimos 7 horas. Con frecuencia sucede esto mismo, en los demas vapores de la Compañía General Trasatlántica, que hacen el viaje del Habre á Nueva-York. La Borgoña, por ejemplo, que es uno de los mejores, del mes de Agosto á Diciembre del año de 86, se descompuso 3 veces en alta mar. Tal vez sucederá lo que decimos, por la gran velocidad con que se quiere pasar el Atlántico, en ocho dias, lo que casi nunca consiguen, pues duran los más de los viajes de nueve á diez dias. De todas maneras, córrese gran peligro en estos vapores, que son por lo demas, muy cómodos y hermosos.

Dos dias ántes de llegar á Nueva-York comenzamos á sentir un frio extraordinario: inmensos témpa-

nos de hielo cubrian la superficie de las aguas; el aire del Norte, soplabá con furia, y el vapor navegaba, cubierto de nieve y rompiendo el hielo con bastante trabajo. En fin, nos acercamos al Puerto; mas no pudimos desembarcar, sino despues de cinco horas: dos pequeños vaporcitos trabajaban sin descanso, por deshacer el hielo, y duró esta operacion el tiempo que hemos dicho.

*
*
*

Nueva-York se nos presentó lo mismo que la vez primera que habiamos estado en esa gran ciudad: con su incesante movimiento, su actividad prodigiosa, y mucho arreglo en la estacion.—Cada bulto de la carga que traen los vapores, está marcado con una letra, y al sacarlos, se coloca bajo la correspondiente, que hay en estacion; aquí aguardan los pasajeros á los comisionados de la aduana, para el registro: todo se termina en muy poco tiempo sin haber los embarazos y dilaciones que hay en los puertos de Europa. En esto mejor están los Yankes.—En la estacion, cuando desembarcamos, se hallaban los dueños ó encargados de los hoteles; nosotros que ya conociamos á Pedro Riesgo, nos fuimos con él, al Hotel Español.

La ciudad estaba cubierta de nieve; y ardía el fuego en todas las chimeneas: en instalarnos, recibir nuestro equipaje y arreglar algunos negocitos, se nos hizo noche. El hotel en que estábamos, casi es de mala muerte, y el cuarto en que nos alojamos, tenía descompuesta la chimenea; la atmósfera estaba saturada de ácido carbónico; mas nosotros con el gran cansancio que teníamos, no lo advertimos; y á las cuatro de la mañana estábamos poco menos que asfixiados; luego que notamos lo que nos pasaba, dejamos el cuarto, más que de prisa, y nos pasamos á otro, teniendo que medicarnos prontamente. El malestar nos duró casi todo el día; mas á pesar de lo dicho, llegada la noche tomamos el tren de San Luis Missouri, que por cierto no presenta las comodidades que el de la Via Atchison, Topeca y Santa Fe, relacionado con el Central Mexicano.

* * *

Al llegar á San Luis Missouri hacía un frío espantoso que no nos dejó conocer la ciudad, ni salir un paso del Hotel: lo mismo nos pasó en el Colorado á donde llegamos á las dos de la mañana: á estas horas tuvimos que ir en busca de un hotel donde hospedarnos, lo hallamos, y aunque era el peor de cuantos tengan ese

nombre, entramos en él para descansar un poco. Al día siguiente continuamos nuestro viaje para el Paso del Norte: veníamos muy alegres, y hubiéramos querido que el tren aumentara su velocidad; nos parecía muy largo el tiempo que habíamos permanecido fuera de la Patria; y sin embargo aun no se habían cumplido cinco meses. Oh! no hay como México, nos decíanos con frecuencia Avelar y yo; ¿dónde hemos visto un cielo tan hermoso como el suyo, ó dónde hemos respirado un aire tan puro? Entre tanto llegamos al territorio mexicano. Viva nuestra Patria; que ella sea siempre, libre y feliz! Esta es la exclamacion de todo mexicano, que no vuelve ayankado ó á la europea, al pisar el hermoso suelo que lo vió nacer.—Un día, que por cierto se nos hizo eterno, duramos en Paso del Norte, tomando en seguida el tren que nos trajo á Zacatecas y Aguascalientes donde acabó nuestro viaje.

* * *

Estoy en mi Patria que nunca me había parecido tan amable y tan bella como á la vuelta de mi largo viaje. París con sus bulliciosos y alegres Boulevares, Nueva-York con su continuo movimiento y Roma con sus grandes monumentos y los cristianos recuerdos

que atesora, no alcanzan á borrar la profunda y dulcísima memoria de nuestra querida Patria; por esto casi siempre la nostalgia proyecta su funesta sombra en la frente de todo mexicano que pisa en extranjero suelo, menguando por lo menos las alegrías del viaje; y por esto se desea con ansia volver á la Patria que se habia dejado.

Estoy en mi Patria, decia otra vez, en medio de mis amigos que casi no creia que en tan poco tiempo, hubiera recorrido medio mundo, volviendo sano y salvo de todo peligro. ¡Ah! reflexionando en esto, mi corazon se sintió conmovido por el reconocimiento y la más filial gratitud: era preciso dar las más humildes y sinceras gracias por todos sus beneficios, á Dios Nuestro Señor, y despues de Dios, á la Purísima Virgen María que fué más que un ángel protector en todo mi viaje, fué lo que siempre ha sido y será conmigo, mi tierna y cuidadosa Madre. En todos mis peligros á Ella volvia mis miradas; y descansaba seguro bajo su sombra de gracia. Su maternal proteccion nunca me llegó á faltar: que una madre no abandona jamas á sus hijos: y aunque yo la haya olvidado, por desgracia mia, una y otra vez, y siempre Ella me obliga con su amor de madre; y yo al terminar este libro, sacudiendo aquél olvido, renuevo y le consagro todo mi cariño. ¿Por qué al concluir mi sencilla narracion, no la habia de cerrar con las dulces alabanzas de María, cuando Ella durante mi viaje, jamas me abandonó? ¿Porqué no revelar á todo el mundo mi tierna gratitud para con Ella, y el

santo y amoroso afecto que profeso á la Purísima Madre del Señor?

Sus continuos y grandes favores, su afecto de madre, me rinden, me ligan, me estrechan con Ella: yo soy su cautivo, su siervo, su esclavo: cautivo de su santo amor; siervo de Aquella que manda en el cielo; esclavo, en fin, de la excelsa y amable Señora por quien vivo, por quien espero vivir eternamente.

Leo lo que acabo de escribir, y me siento obligado á decirlo: no me creais. Yo no la amo cual debia de amarla; ni jamas he pagado sus favores, ni he comprendido la grandeza de su amor de madre: que si fuera así, en Ella pensaría continuamente y en mi pecho no ardería otro fuego, que el dulce fuego de su amor sagrado. Pero ¡ay! cautivo soy del pecado y esclavo de mis pasiones. Deshonro á esa Madre con decir que la amo: que el valioso joyel de su amor jamas se encuentra en el cieno: ese amor purifica y ensalza; embellece y alumbra: y yo, como Job, de asiento en un muladar, inspiro no más compasion; y cual Tobias, envuelto en tinieblas, no puedo contemplar la luz del cielo. Cámbiense, pues, las notas de amor, en humilde plegaria, que la Purísima Virgen acogerá benignamente; porque tiene un corazon muy compasivo, y bien lo sabe, que nació para consuelo y amparo de los hombres. Ella, por esto, alumbrará mis ojos y sabrá llevarme en mi camino sin ningun tropiezo: me hará cruzar los mares de la vida sin que mi nave llegue á zozobrar; y al llegar al puerto, me dará la mano; y entónces sí,

acabaron para siempre mis peligros, y mi amor á la Madre de Dios jamas podrá morir, jamas tendrá menguante.

FIN.

INDICE.

Capítulos.	Páginas.
Prólogo.....	2
Cap. I. <i>Despedida.—Rincon de Romos.—Guadalupe de Zacatécas.—Chihuahua</i>	3
Cap. II. <i>Nueva-York.—Sus calles y avenidas.—Edificios—El parque central.—El Puente Brooklyn.—Inmoralidad.—Templos católicos.—Progresos del Catolicismo</i>	14
Cap. III. <i>Á bordo del Borgoña.—Una noche de luna en el mar.—Un rato de amargura.—Á la vista del Habre.—París</i>	31
Cap. IV. <i>París.—Iglesias.—Museo del Louvre.—Bosque de Bolonia.—Plaza de la Concordia</i>	40
Cap. V. <i>Milan.—Sus calles.—Sus iglesias.—Cementerio monumental.—Las milanesas</i>	52
Cap. VI. <i>Padua.—Sus templos.—Palacio de la Razon.—La Universidad.—La Madona de la Arena.—Calles y plazas de Padua.—Loreto.—Su Basílica.—La Santa Casa.—Impresiones.—Asís.—Su situacion.—Iglesias</i>	62
Cap. VII. <i>Continuacion del anterior.—Convento de las cárceles.—Impresiones.—Vida de los santos.—Ribortorto y Porciúncula.—La zarza de San Francisco.—Su retrato.—Historia de la indulgencia de porciúncula</i>	79
Cap. VIII. <i>Salida para Roma.—Al rededores de Asís.—Roma.—El Vaticano</i>	93
Cap. IX. <i>Roma.—Iglesia de San Pablo.—Santa María la mayor.—Santa Cruz en Jerusalem.—San Pedro in vinculis.—Ara coeli.—El Jesus.—San Juan de Letran.—La Escala Santa</i>	114
Cap. X. <i>Roma.—San Andres.—San Pedro in montorio.—La cárcel mamertina.—Santa Prajedis.—El Coliceo.—El Foro Romano.—El arco de Septimio Severo.—Otros monumentos.—Las Capillas Sixtina y Paulina y las logias de Rafael.—Galerías y Museo del Vaticano.—Leon XIII</i>	125